

**NOTAS HISTÓRICAS**  
**SOBRE LA EDUCACIÓN EN CALI**

**FELIPE ANGEL**

Por el Toto

a Nono, Jose, Sary y Pedro

Primero, me excuso; hablaré de cuitas familiares. Segundo, me explico; de *chiripa*, como le decimos en Cali a lo que el azar o la suerte o ambos traen, soy hijo del hogar constituido por Leonor Quintero Restrepo, jurisprudencia ella misma de este terruño, y Josué Angel Maya, fundador del Instituto *Politécnico* Municipal y de la Facultad de Educación de la Universidad del Valle, hoy Instituto de Educación y Pedagogía, entre otras instituciones educativas. La vigencia de medio siglo de esa parte de la institucionalidad educacional de Cali rebrota cohorte de graduandos tras cohorte en el apego fértil, digo, por lo socialmente motriz fértil, a la inicial intencionalidad pedagógica, a la manera de entender la educación que las trajo al mundo. Generaciones varias allí nutridas a la construcción de la caleñidad aportaron y aportan como prueba evidente de ese acierto. Dos instituciones hoy referentes no únicos pero ineludibles sí, cómo no, en las dinámicas sociales de la educación local y regional. De ahí, un deber creció dentro de mí: el del educador.

Lo que como casuística anecdótica mi infancia, adolescencia y juventud vivieron ahora lo valoro como la lucha por democratizar los fundamentos históricamente racionalizados de la creatividad humana entre el conglomerado todo y no sólo el acceso a los cauces educacionales institucionalizados de quienes, hasta entonces, en este lar de tal derecho natural carecían. La narración de tales momentos, los de la génesis y

consolidación de esas dos instituciones educativas, basta para clarificar el compendio de propósitos que a ellas dieron origen y que ya por las décadas fueron decantados en función social.

Tras sus estudios en Argentina y Chile el viejo regresó al comienzo de la década de 1950 con el propósito de coadyuvar en la solución a la problemática de la carencia de Educación Formal para los menos favorecidos. Revuelo y medio después logró el apoyo del Alcalde, el doctor Córdoba. Dos semanas antes del día señalado lo llamaron para manifestarle que el colegio iba a ser el Instituto Técnico Municipal pues lo requerido para esos estratos de la caleñidad se limitaba a suplir la demanda de mano de obra calificada. Desconcertado se fue para la casa de aquel que recibió los dos honores, el de *don* y el de *doctor*, Mario Carvajal. Mi viejo le dijo: “No soy capaz de educar a alguien sin que aprenda quién fue Miguel Angel”. El Doctor Don Mario permaneció pensativo un lapso, sirvió un par de whiskies y replicó: “A mí no me parece grave que no sepan quién fue Miguel Angel”. Mi padre decidió que consiguieran a otra persona para la rectoría durante la pausa de su interlocutor, que así continuó: “Pero que un caleño se gradué de bachiller sin saber quién fue Leonardo da Vinci, eso nunca” y llamó al Alcalde. Nada qué hacer, respondió el doctor Córdoba.

Al otro día el viejo estaba en Bogotá. El Ministro de Educación, amigo del Doctor Don Mario, se inclinó por Rafael y le endilgó al viejo una retahíla contra Miguel Angel no sin antes expedir el decreto por el cual se constituía el Instituto no ya Técnico sino *Politécnico* Municipal de Cali. Las autoridades de Cali desdijeron la constitucionalidad de tal acto administrativo nacional en lides locales pero les tocó soportar a Miguel Angel, a Leonardo y a Rafael dentro de la formación de las clases populares pues Instituto *Politécnico* se quedó, Instituto Técnico no. Es más; la ironía hace que lo coloquial lo llame *El Poli*. Miguel Angel, Leonardo y Rafael no triunfaron sobre el tornillo, aunque no pocos así lo tomaron y lo toman, pues humanismo y técnica, y por ello ambos indispensables, no se contraponen en el intento de abarcar las cuitas humanas desde la educación sino que se complementan.

La humanidad ya conoce las consecuencias de una educación volcada únicamente o sobre la técnica o sobre el humanismo; aquel padre e hijo del Hombre Máquina, éste nieto de la inoperancia práctica de las sociedades escolásticas. No se opta ni por una educación que intente volver máquina lo que es espíritu ni por una educación que intente volver lo humano sólo espíritu y desdeñe la práctica. Por ello del *Poli* salieron actores como Jorge Herrera, Diego Vélez, Gilberto Ramírez, etc.; pintores como Diego Pombo, etc.; ingenieros, economistas, empresarios, médicos, educadores múltiples

varios de los cuales Secretarios de Educación, en fin: un recital de la complejidad social de los saberes hecha formación mediante la información.

Sede del *Poli* era lo que quedaba de una anciana casona en la Calle 10 con Carrera 4; sede era hasta que la fatiga derrumbó techo, que no muros, entereza y raigambre. Lo primero que define el hecho educacional es la espacialidad donde ocurre: el campus, la sede. La estructura física es el aporte básico de la tecnología a la educación en la Modernidad, uno que la define en buena parte, uno roto a palos virtuales por las nuevas tecnologías. Sin sede el futuro del *Poli* se enfermó. Inclusive el Doctor Don Mario y mi mamá no veían salida. Fue Pérez, el inefable, el profesor de teatro, el sabio toma trago que impuso mi viejo a la brava, quien en un Consejo Académico propuso: “Hagamos las clases en el Puente Ortiz”. Dos o tres rieron, otro la misma cantaleta arengó contra Pérez y, a la usanza del Viejo Cali, mi padre permitió que todos hablaran antes que él pero no usó la palabra; llamó a los estudiantes. Al Doctor Don Mario no le gustó ni cinco cuando esa noche mi viejo le contó que al día siguiente reanudaba clases en el Puente Ortiz, al aire libre, sin delimitar salones y todo Cali viendo esa *algarabía*, que tal vocablo usó al responderle a mi viejo.

Pues al revés pasó: todos en su pupitre, ni un carraspeo en pleno sol, horarios cumplidos a cabalidad un día sí y el siguiente también. Pasó la primera semana. Pérez hacía las delicias de los transeúntes con las representaciones de teatro callejero de sus clases mientras otros profesores esmeraban su pericia argumental y vestimenta. El viejo, con trabajo y carcajada, con paciencia y carácter, impidió las manifestaciones públicas de padres de familia, alumnos y un grupo significativo de la sociedad que, para ese momento, se unía al reclamo de una sede para el *Poli*. Al fin, para regocijo de la secretaria, cuyo nombre lamento no retener, y de Doña Luz pues a pesar de que multiplicaba su labor el aseo no se veía por ninguna parte, le ofrecieron una sede pero el viejo la desdeñó con el argumento de que “ahí cabe el presente del *Poli* pero no su futuro”.

Fue la única vez que Don Parménides, el vigilante y esposo de Doña Luz, perdió la calma con mi viejo; no podía pegar el ojo en toda la noche porque no quedaba ni un pupitre, con todo al aire libre, con el río abajo para esconderse, se roban todo, mija, todo. Mi madre paseaba su prole de una niña y tres niños por entre los imaginarios *salones*, desperdigados en el Puente Ortiz. “Por ahí no se puede pasar; hay que salir por la *puerta*”, exclamaron los alumnos. Cómplice del viejo, mi madre preguntó dónde quedaba la *puerta* y muy oronda nos puso en fila tomados de la mano “para salir del salón sin pretender que

uno logra atravesar paredes”, como le dijo al viejo por la noche. “Los pelados también hacen fila para salir del salón”, replicó el viejo. No había puertas, no había paredes separadoras de un salón y otro; digo, no las había en la espacialidad física pero estaban insertas en la espacialidad del rito pedagógico. Al preservar la ritualidad pedagógica dentro de la espacialidad tradicional se posibilitó lo colectivo de la continuidad de clases y recreos, de salidas y entradas, de llegar tarde al colegio, exámenes y demás.

Nací siendo mi padre rector del *Poli*, en 1959. A mis pocos años de vida el Doctor Don Mario, siendo rector de la Alma Mater regional, al comienzo de la década de 1960 le propuso a mi viejo que lo mismo tejiera en la Universidad del Valle y fundara la Facultad de Educación. De ahí que el actual edificio en el portillo de su entrada porte el nombre de Josué Angel. Durante años decano, los forjadores de la educación regional en su entorno formaron su ser pedagogos. La cosa funcionó hasta el final de esa década, cuando el Doctor Don Mario, por no ceder su Leonardo ante el tornillo, perdió la rectoría. El nuevo rector, el doctor Alfonso Ocampo Londoño, enfático defensor del tornillo como universo educacional, pronto entró en conflicto con un núcleo de decanos y profesores que defendían lo construido bajo la tutela rectora del Doctor Don Mario. La anécdota indica cómo el nuevo rector hablaba de primero, imponía condiciones y luego daba la palabra a

quienes, por ese proceder, pares ya no eran sino subordinados al lamber o afectos a la independencia del huir; al contrario del Viejo Cali, al contrario de cómo el Doctor Don Mario construyó la universidad. El humanismo trae al otro debajo del brazo, el tornillo no acepta lo que de él dista como punto de vista; el diálogo de saberes terminó por el alud de una y otra y otra vuelta de tuerca alrededor de aquella racionalidad que a tornillo y rezo reduce el universo humano.

Llegaron las pedreas al comienzo de la década de 1970, entre cosas otras azuzadas por el arrasar con tozudez de apto capataz lo que el debate universitario debería de establecer. En esa década se borraron los vestigios de la historia de la universidad para acallar la inclinación humanista que el nombre de Mario Carvajal generaba. El hecho de ser llamado Doctor Don empezó a causar risitas en vez de la hasta entonces usual y merecida admiración. Así como en esas calendas en otras civilizaciones, tal el caso de Egipto, en América Latina la pedagogía propia de una economía exclusivamente basada en el mercado impuso regla y vocabulario basados en la educación destinada para en el educando engendrar un Hombre Máquina; la pedagogía del tornillo, al decir del Doctor Don Mario, afianzada hoy tal vez con mayor radicalismo que en el Siglo XVIII. O sea, ni siquiera Kant, ni siquiera el Imperativo Categórico. *Competencias* y no valores, *herramientas* pedagógicas y no variantes didácticas, etc. Al



comienzo de la década de 1980 Mario Carvajal no existía dentro de la universidad que su manera de entender la educación construyó.

Hace pocos años en el Ministerio de Educación remendaron la plana pues, perspicaces que son, quién lo duda, advirtieron la carencia estructural de valores dentro de la Educación Formal e incluyeron unas nuevas *competencias en valores*. Una blasfemia epistemológica dentro del saber que llamamos educación; las competencias pertenecen a la pedagogía del tornillo, para que el puente, el edificio o el avión no se caigan; sino por ignorancia por maledicencia se vierten curricularmente los valores en el embudo de las competencias para que lo que es catarata salga chorrito de piedad digno y de poco más. La del humanismo en valores; la del tornillo en competencias; así indica la historia de la educación lo mensurable del despliegue íntimo de lo que en ella hay de posibilitador. La del tornillo no admite lógicas distintas, no puede a fuer de perder su actual primacía; la del humanismo entiende el saber como algo que, validado por su efecto positivo dentro del discurrir del conglomerado poblacional, o sea validado por el otro, no descansa su arbitrio solamente en los títulos ni su fuero lo delimita ni tornillo ni la *herramienta* por más pedagógicamente mimetizada que se presente; *herramienta* se usa en máquinas, no en humanos precisamente porque lo que dista entre los artefactos y

nosotros son los valores. Habilita lo no planeado de la certeza encontrar entre el recuerdo el cuento de Henry James, el hermano de William; William James, cofundador del Pragmatismo; el Pragmatismo, que bajo una de sus variantes, el Constructivismo, preside hoy institucionalidad y proceso del aprendizaje en la Educación Formal; digo, el cuento del íntimo Henry, el hermano de William, titulado *Otra Vuelta de Tuerca* contra el cual el del Pragmatismo cofundador otro, el viejo, el grande, John Dewey, trasladó sus achaques y su esposa hasta Japón en 1919 para aportar las *conferencias* dadas en la Universidad de Tokio; *conferencias* escatimadas desde 1980 a los educandos que estudian para educadores; *conferencias* donde la espera continúa su tozuda existencia mientras los radicales de la pedagogía del tornillo otra vuelta en la tuerca del desdén a sus días dan. No saben que hay una diferencia entre Dewey y William James, fue la repetida conclusión que entristeció las últimas décadas de mi padre. Se sienten cómodos viendo la educación y la vida por un ojo siempre y cuando el otro no lo despeguen del bolsillo, una vez agregó. Lo que el silencio consiguiente, bruto quizá pero profundo sin duda, ató y ata fruto que cada lector cata, que cada lectora liba.

Trasmina como niño recién nacido su inaugural protesta el saber comunitario en cuanto aleja su práctica diaria de tales lógicas pedagógicas centradas en el Hombre Máquina. Su protesta se vuelve joven al confrontar sin menoscabo la

funcionalidad social tanto del suyo como del saber académico y alcanza la madurez, que en lo humano no es cosa distinta a la identidad asumida, cuando retoma del pasado las herramientas que la inclinación identitaria ancló dentro del entramado jurídico propio del sistema educativo; léase la Resolución 022 de 1971 de la Universidad del Valle y búsquese cada vez con mayor ahínco ese tesoro que nos legaron generaciones idas que otras más recientes silenciaron. Oír las voces inaugurales preexiste como un derecho natural de las comunidades, que en ocasiones asumen como un deber para consigo mismas.

Informar al educando sin formarlo, como hace la pedagogía del tornillo, produce una convivencia carente de valores comunitarios, avala que lo aleve prime sobre la tolerancia y que la fuerza invalide la razón. Los valores comunitarios son una urgencia no sólo en nuestra ciudad; por doquier urgen. Era este un argumento esgrimido con frecuencia en las décadas de 1960 y 1970, a veces con ardor, otras con elocuencia y otras con paciencia. Hoy no aparece en el horizonte. El doctor Ocampo hizo bien su tarea; el Doctor Don Mario quedó bien sepulto y bien atado. Pero, aunque su nombre y figura el menoscabo intencional así los dejó ante las subsiguientes generaciones de la caleñidad, sus lógicas educacionales ya nadaban inmersas en el espíritu curricular sobre el cual se construyeron el *Poli* y la Universidad del

Valle. Ejemplos varios tengo en la mente. Me inclino, díjelo ya, por la Resolución 022 de 1971 mediante la cual se otorga título universitario a quien en un dado saber posea una experticia demostrada por una experiencia socialmente validada. Restringen el ánimo educacional de esta resolución sus reglamentaciones posteriores, como es obvio.

Local y regional el proceso educacional que refiero pauta, que no norma, devenir y cuitas de disímiles ámbitos latinoamericanos. Lo que sucedió con la educación en Cali y en Latinoamérica también sacudió los cimientos formativos de otras civilizaciones, como la egipcia según lo declaró uno de sus mayores novelistas a una cadena internacional de tv el 24 de junio del 2012. En qué consistió esa reforma educativa introducida en Occidente alrededor de 1970 y enfatizada en torno a 1990; preguntarlo, saberlo, valorarlo, señala por medio de la actual situación los motivos por los cuales surge la apatía institucionalizada, no casuística, entre los educandos.

La educación basada en competencias no motiva, se asienta exclusivamente en la enseñanza y, por ende, privilegia al profesor sobre el alumno dentro de una atmósfera pedagógica que desdeña el aprendizaje, hecha para que se invisibilice el mundo real del educando, hecha no para formar ciudadanos sino para informar tecnócratas, hecha no para los vericuetos

comunitarios sino contra ellos. Las competencias proceden como si la Educación Formal fuera la única clase de educación, desvirtuando lo que la misma Ley acata al calificar como educación el tripartito aprendizaje por medio de la Educación No Formal, de la Educación Informal y, también, de la Educación Formal porque ellas, las competencias, fingen que la información es neutra, que carece de un trasfondo ético, como si el educando para validar lo que aprende no tuviera encima de él el imperio del mundo social a la salida de la institución educativa; o sea, la práctica de esto último, la formación, y el aprendizaje de la información se dan ajenos lo uno respecto de lo otro. La Educación Formal, la burbuja académica, se desentendió de la formación en aras de aquella manera de entender lo humano llamada Hombre Máquina, donde lo que importa no pasa de saber a fondo cómo apretar bien los tornillos para que el puente, el avión y el etc. no se caigan.

La educación que compromete su currículum en un pensum atesorado por los valores como acto didáctico institucionalizado, al contrario de la pedagogía del tornillo, se valida en el actuar comunitario de los educandos pues prima la formación sobre la información. Una sociedad educada sólo sobre competencias genera asesinos que, por validarse al ser competentes en su rama del saber, ni siquiera intuyen la

calma del remordimiento; lo que vale consiste en saber hacer bien un oficio.

Precisamente ese reducir lo educacional a la información, a la pedagogía del tornillo, invalida las formas de aprendizaje que desembocan en los saberes comunitarios. Restringe los saberes a los dados dentro de la burbuja académica. Auto investido de una falsa neutralidad epistemológica, en realidad deviene juez y parte que excluye los saberes aprendidos por fuera de su arbitrio; juez y parte que imparte objetividad desde el *ego epistémico*, mediante la titulación del cual él mismo se valida Emperador, como chicuelo vestido de Napoleón antes del Waterloo que hoy enfrenta. Los saberes comunitarios no poseen otra alternativa a susurrar: Qué pena: el recreo dentro de la burbuja académica se les terminó a no ser que demuestren ser más que nosotros en cuanto funcionalmente propiciadores del adecuado transcurrir de la convivencia.

El humanismo no es capable; ritmo, baile, vivencia cantada, yo descrestándome, yo actor, escritor si seso y sentada versan, íntimo factor de lo humano que se hace teatro, son y trato sin pose, que se hace goce de Miguel Angel tirándole un martillazo a uno de sus amigotes, a la sazón el Papa y el compadre que para esa labor lo contrató; martillazo desde el andamio donde desnuda pintaba la Biblia en la Capilla Sixtina;

martillazo que los siglos toman como propio ya que lo lanzan cada vez que la ortografía del día vilipendio recibe en el irrespeto al derecho natural al libre desarrollo de la identidad. Bueno, está bien: goce de Leonardo, goce de Rafael, goce milenario de lo que el ingenio ha sudado, de lo que lo humano ha hecho de sí y que, por ello, pertenece no a una sino a comunidad cualquiera, sea la que sea su contemporaneidad coterránea.